

ZAMBULLIDA URBANA

José Luis Llovera Abreu

Si nos pudiéramos zambullir en la farragosa historia mexicana del quehacer en materia de planificación urbana durante los últimos veinte años, seguramente nuestra metafórica buceada se vería nebulosa en un trayecto de profundidades desconocidas, infestada por monstruos marinos y con los visores empañados por nuestra errática y desesperada respiración.

Así definiría esta cruzada problemática en busca de la solución al enrevesado asunto del ordenamiento territorial en nuestro país.

¿Qué nos ha pasado?, ¿por qué no hemos sido capaces de hilvanar las políticas sociales, educativas, económicas, tecnológicas, ambientales y urbanas a través y sobre el manto de nuestro propio territorio? Ha sido un cuestionamiento retórico que nos ha nublado la mente y la memoria y sobre el cual nos ha sido pantanoso divagar y pensar.

Por alguna extraña razón nos ha fascinado crear profusas estrategias de todo tipo que siempre lucen bien en el aire, sin un referente territorial, sin el marco que las encuadre y les de una escala humana; sin el horizonte como referencia para darle perspectiva al asunto y sin la orientación adecuada que pueda ratificar la brújula de la concepción espacial de la idea y de la cual se valga para refrendar la validez de la misma. En fin, se han promulgado y publicado cientos de estratagemas políticos y sociales, muchos de ellos muy cercanos a la perfección en cuanto a sus idílicos planteamientos y ortodoxas posturas pero, desafortunadamente, perdidos en la recurrencia de su retórica por no encajarse dentro de un mapa físico con metas asequibles y con objetivos alcanzables.

La política de la inmediatez, la práctica de la solución rápida y la costumbre del asistencialismo sistemático ha ensombrecido la ineludible tarea de planificar a largo plazo y de prever, con suma antelación, los inexorables cambios que la dinámica demográfica, económica, funcional, espacial y política de las ciudades implican.

Nuestra naturaleza como seres humanos implica una concepción territorial amplia. El hombre se sitúa a sí mismo y comprende su propia existencia y sus perspectivas de vida dentro de un encuadre espacial. Todas nuestras prácticas políticas, económicas y sociales debieran concebirse y aplicarse desde la altitud de una visión periférica que percibiera la magnitud espacial del territorio. Debemos estar conscientes de que todo lo que hagamos sobre nuestro territorio tiene, ineludiblemente, un impacto directo en las condiciones físicas

del mismo, lo cual evidentemente afecta y atañe totalmente al nivel de bienestar y al índice de habitabilidad y de productividad de nuestras ciudades y de nuestros campos.

Hay que partir del reconocimiento pleno de que la vida misma, de la mayoría de la gente en el mundo (México no es la excepción), se desarrolla en las ciudades y es por y para éstas que debemos trazar nuestras perspectivas de vida, siempre con una visión de productividad y para alcanzar los niveles más óptimos de habitabilidad posibles. La satisfacción que, como ciudadanos, tengamos de nuestras respectivas ciudades, siempre va a estar directamente relacionada con la accesibilidad que tengamos a nuestros centros de trabajo, a los servicios hospitalarios, educativos y de recreación; así como de la calidad ambiental que nuestro entorno natural y edificado nos provea. Todo lo anterior tendrá como consecuencia índices de satisfacción y de habitabilidad que necesariamente se relacionarán directamente con la productividad del sitio y, finalmente, retribuirá en beneficios económicos para la gente.

Es común confundir los niveles de bienestar y de calidad de vida con los ingresos económicos. Queda claro que no necesariamente uno es consecuencia del otro. Hace poco la OECD dio a conocer un estudio que revelaba los países en los cuales sus habitantes demostraban los niveles de satisfacción más altos por vivir en sus respectivas naciones. Los tres punteros fueron: Suiza, en primer lugar; Noruega en segundo e Islandia en tercero. Y en ninguno de los casos fue determinante el ingreso económico anual de la gente, sino el hecho de tener un trabajo seguro, tener servicios de salud, contar con equipamientos educativos de calidad, tener entornos naturales alrededor de ellos y jornadas laborales justas para pasar tiempo en casa y con la familia.

Nuevamente se expone con claridad la sensata decisión de muchos por preferir siempre tener una vida mejor, y compartirla al máximo con nuestra familia y amigos (sensación de comunidad), en vez de optar por el trillado sueño de ser inmensamente ricos y poseer bienes materiales a tutiplén. El ser humano no es tan banal como parece. ■

José Luis Llovera Abreu (Campeche, 1972). Mexicano, arquitecto por la Universidad Autónoma de Yucatán. Obtuvo la Maestría en Arquitectura en la especialidad de Conservación en la Universidad de Glasgow, Escocia. Es miembro del organismo internacional ICOMOS y editorialista del *Diario de Yucatán*. Fue Coordinador de Obras Públicas del Ayuntamiento de Campeche, Director de Obras de la Coordinación Estatal de Sitios y Monumentos Históricos del Patrimonio Cultural del Gobierno del Estado de Campeche y Director General de Desarrollo Urbano y Suelo de la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Ordenación del Territorio de la SEDESOL. Actualmente es asesor de dicha Secretaría.